

Habiendo comenzado dos actores á cantar, unos individuos, que ocupaban un palco, intentaron á seguir la voz y gritaron que lo hacian mal.

—Pero caballeros, tengan vdes. la bondad de callarse; están interrumpiendo.....

Las voces continuaron, no obstante repetidas peticiones de los actores para que los dejaran concluir. Por último, exasperado uno de ellos, se dirigió hácia el palco.

—Se necesita no tener educacion para portarse de esa manera.

—¿Qué está vd. diciendo?

—Que no tienen vdes. educacion y que si no les gusta pueden tomar la puerta.

A esto siguió un tiroteo de palabras fuertes; una pistola brilló en el palco y un tiro se hizo oír. Los dos actores habian desaparecido; un cuerpo quedaba tendido en el escenario: todos se agitaron; creyóse que la policía iba á intervenir..... Mas despues se averiguó que aquello era una farsa: lo que estaba sobre la escena era un muñeco de trapo.

El chasco fué del gusto del público. Los actores fueron muy aplaudidos y se les arrojaron pesetas en vez de ramos, lo que si es ménos poético es más productivo.

Ménos divertidos que los espectáculos escénicos, pero tan anunciados como ellos, son los sermones. Se repartian invitaciones en aquellos dias para el que debia tener lugar en la iglesia congregacionalista. El venerable orador se habia propuesto predicar sobre los medios de adquirir riquezas. ¡Util tema! Mas sus monedas eran todas espirituales, y muchos han reservado para más adelante hacerse de capitales de esta clase.

La bahía, por su extension, seguridad de su abrigo y hermosa perspectiva, no admite rival. Puede encerrar todos los navíos del mundo; sus aguas sufren raras veces las tempestades del Océano. Pero lo que la pluma no puede describir es la transparencia del aire, el cielo puro, sin ser ardiente, y la limpidez incomparable de la luz que baña las montañas que la circundan. Observando por largo tiempo los rayos de sol arrojar su último brillo sobre la cima de Monte Diablo, se siente carecer, para reproducir el paisaje, de esa feliz inspiracion de Carlyle al relatar la puesta del sol en el mar Artico.

## CAPITULO X.

### RECUERDOS HISTÓRICOS.

Hace ciento quince años (1769), en el lugar donde hoy se halla situada la ciudad de San Diego, tenia efecto una imponente ceremonia.

Los cañones españoles hacian oír por primera vez su voz en las aguas de aquel puerto, no en señal de combate, sino de regocijo. Un solemne *Te Deum* se entonaba, concurriendo todos los que se encontraban en el sitio á ese oficio religioso, que presidia un padre franciscano.

Inaugurábase la primera mision de la Alta-California y se daban gracias al cielo por la feliz reunion de tres expediciones que, con cortos intervalos entre una y otra, habian partido de la península vecina con el objeto de explorar y colonizar aquellas tierras.



Ciento setenta y siete años ántes, Sebastian Vizcaino habia expedicionado por esos desiertos inmensos. Desde entónces solo habian estado recorridos por indios salvajes y las costas ocupadas por los piratas llamados *pichilingues*, á quienes el galion que hacia el comercio entre Acapulco y Manila ofrecia rica presa y los puertos californios lugares de refugio y abrigo. La corriente marina que tomando su origen en el archipiélago del Japon atraviesa el Océano, se eleva progresivamente hasta el 55 grado de latitud Norte, y cambia despues bruscamente hácia el Sur en direccion del Cabo de San Lúcas, servia de camino al comercio de las Indias con México. Nada más á propósito que los puertos de California para interrumpir esta senda. Ordenes por lo mismo habian sido expeditas de España para la conquista de aquel país. Pero los vireyes de México las habian tomado poco en cuenta, y hasta el año de que hablamos no se habia organizado una expedicion seria.

Tres partidas habian salido de la Baja California. La primera, embarcada en dos navíos pequeños, se hizo á la vela en La Paz el 15 de Febrero. La segunda fué colocada á las órdenes de Rivera y Moncada: componíanla 25 soldados de infantería y muchos indios cargados de equipajes; siguió el camino de tierra. En la tercera iban el Gobernador Portalá, el padre Junípero Serra y el visitador Don José de Galvez. Habia caminado tambien por tierra, y su llegada era la que se celebraba con salvas.

El padre Serra se hallaba en el altar colocando la cruz que debia servir de centro á la mision. El Espíritu Santo habia sido invocado, faltando solamente designar el

santo bajo cuyo patrocinio habia de quedar aquella primera colonia.

Esta cuestion del santo patrono era entónces importante. Las órdenes del rey no admitian duda: aquella nueva poblacion se llamaria San Diego. D. José Galvez, incapaz de separarse de las disposiciones reales, estaba allí para vigilar su cumplimiento.

—¿Y qué, exclamó el padre Serra, nuestro padre San Francisco no tendrá una mision que lleve su nombre?

—Si quiere tenerla, contestó Galvez con mal humor, que nos haga encontrar un buen puerto.

—Lo tendrémos, replicó el padre Serra, con esa fé ardiente de los misioneros de la época.

Y en efecto, á los pocos dias fué descubierta una gran bahía ignorada hasta aquel tiempo. Sebastian Vizcaino no la habia conocido, puesto que todas sus alabanzas habian sido para Monterey. Aquel hallazgo se consideró un milagro, y en 1776, cumpliéndose lo ofrecido al padre Serra, fundóse en aquel lugar una mision y un presidio bajo el nombre de San Francisco.

De esta manera nació la ciudad que es hoy la metrópoli del Pacífico. Sus primeros años no fueron afortunados. Las poblaciones de California languidieron bajo la administracion española, y los Gobiernos mexicanos no fueron más afortunados, á pesar de sus esfuerzos y de los auxilios del llamado *fondo piadoso*.

En 1848 el descubrimiento del oro hizo afluir á aquellos sitios una inmensa multitud de todas naciones. San Francisco tuvo entónces una poblacion heterogénea y flotante, compuesta de mineros que iban á los place-



res y venian de ellos, de comerciantes atraídos por la probabilidad de un gran lucro, de jugadores que ensayaban fortuna y, por último, de bandidos que se organizaban públicamente en compañías armadas, ó afiliados secretamente promovian incendios, trataban con la policía y ponian en práctica las industrias aprendidas en los presidios de Australia.

El Comité de Vigilancia se estableció, la ley Lynch se puso en vigor, y aquellos partidarios del bolsillo ajeno tuvieron que emigrar á otros lugares. Fué aquello un remedio supremo que restableció la tranquilidad, en cambio de algunas equivocaciones y actos crueles y bárbaros. Citaré, entre otros varios, un caso referido por un viajero imparcial.

"En Green-Horn-Creek, dice el capitán A. C. de la Carrières, fuí testigo de una ejecución popular de una ferocidad injustificable.

"Un mexicano, enfermo desde hacia largo tiempo, habia sido estafado por un americano, á quien habia instalado como dependiente en su tienda. Un día tuvo lugar una explicación entre el patrón y el dependiente infiel; amenazado, tal vez atacado, el enfermo disparó sobre su adversario un pistoletazo que lo hirió gravemente.

"Todos los días tenían lugar escenas semejantes sin que se excitasen las pasiones públicas. Pero aquí se trataba de un americano herido por un mexicano. Se arrestó al herido, que podia apenas andar, y se le llevó á la cárcel. El juez del condado convocó al jurado para examinar este negocio.

"Pero un procedimiento regular no satisfacía á los americanos de Green-Horn-Creek. Treinta de estos miserables se reunieron, forzaron las puertas de la prisión, no obstante las amonestaciones del *attorney* y del *sheriff*, y consiguieron apoderarse del preso.

"Las bestias feroces en cuyo poder habia caído aquel desgraciado lo condujeron al pié de un álamo y procedieron á una especie de juicio irrisorio, insultando á la justicia de la que acababan de violar los derechos. Terminado el juicio, que no fué largo, se decidió que era necesario ahorcar al infortunado en una viga en la que el carnicero del lugar acostumbraba colgar á los animales que degollaba. Se alzó á la víctima sobre un caballo, se le pasó una cuerda alrededor del cuello, se hizo partir al caballo y un gigantesco minero se suspendió á los piés. Los gritos salvajes de la multitud asemejábanse en verdad á los de una bandada de hienas encarnizadas en su presa."

Organizada al fin la sociedad, San Francisco ha prosperado. Su excelente situación geográfica así lo exigia. Contaba, en 1880, 248,000 almas, y es una de las ciudades más importantes de la Union Americana.

Su historia, no obstante, ha dejado una mancha negra. Esa prosperidad está basada en la expoliación más injusta. Los terrenos de la Yerba Buena, sobre los que la población está fundada, pertenecian á D. José Limantour; habian sido comprados por él al Gobierno Mexicano. Los americanos estaban obligados á respetar estos títulos, y sin embargo, á Limantour, como á Sutter, se le contestó con el derecho de la fuerza, y la fábula del león



fué puesta en práctica por un pueblo que se precia de civilizado.

## CAPITULO XI.

### UN ESTABLECIMIENTO DE EDUCACION.

Un dia me paseaba sin objeto por las calles de San Francisco, cuando de repente tropezé con el cementerio.

Recordé aquellos versos de Narciso Serra.

Sin saber cómo ni cuándo  
Con el cementerio dí,  
Y es que el hombre pára allí  
Cuando mejor va pensando.

No puedo afirmar que pensaba bien; mas sí, que sentí deseos de visitar aquel sitio y que penetré en él.

A la pálida luz de la tarde descubrí un individuo, con traje negro y el sombrero en la mano, orando de pié cerca de una tumba. Una niña como de cinco años, vestida también de luto, se hallaba á su lado, con los ojos humedecidos por las lágrimas.

Me acerqué y reconocí á Rites. Sentia haberlo interrumpido é iba á retirarme, cuando él me distinguió y fué á mi encuentro.

—¿Le habrá sorprendido á vd. verme aquí? me dijo.

—En verdad no creia tuviera vd. tan léjos de su país séres queridos.

Y como él quedase en silencio, agregué:

—¿Y ésta preciosa niña?

—Es mi hija.

No quise molestarlo con más preguntas. Salimos de aquel lugar y vagamos al acaso. Pero él, quizá para quitarse los pensamientos que lo preocupaban, comenzó á hablarme de San Francisco.

—¿Ha visitado vd. los establecimientos públicos? me dijo.

—Muy pocos.

—¿Desea vd. acompañarme mañana á uno de educacion? Voy á dejar allí á esta niña, y tal vez seria para vd. interesante conocer esta clase de colegios.

—Tendré mucho gusto, contesté.

Y en efecto, al dia siguiente cruzábamos la bahía, respirábamos ese aire puro, con el que parece que se escapa á la accion destructora de la vida, y nos dirigiamos á un colegio del "Sagrado Corazon" situado en Oakland.

Desde el momento de traspasar la reja de hierro y atravesar el jardín que precedia al edificio se experimentaba cierta impresion de recogimiento. Una hermana de la caridad vino á abrirnos y nos introdujo á la sala. Pinturas sobre lienzo y porcelana debidas al pincel de las educandas, bordados, notas, partidas de arpas y pianos situados en las piezas interiores, que llegaban hasta nosotros..... Aquello comenzaba á dar buena idea de la instruccion que allí suministraban. Mas sobre todo llamaba la atencion el órden perfecto. Ningun ruido disonante. El silencio solamente era interrumpido por el estudio.

Recorrimos el edificio. Las familias principales de la ciudad tenian en él á sus niñas. Formaban estas una preciosa coleccion de jóvenes en las cuales la obediencia



cia y los buenos modales aparecian á primera vista. Cultivando los ramos principales de instruccion, aprendian desde luego sin grandes esfuerzos, tan solo por el ejemplo, lo que es más difícil de obtener y constituye la perfeccion principal de una señorita, la educacion escogida y esmerada.

Se ha dicho que esta deben darla las familias. ¿Y cuando esto no es posible? El caso de Rites, teniendo que irse dentro de pocos días á muchas leguas de distancia, me hacía reflexionar. No hay duda, la Nacion debe proteger instituciones de este género. El Estado, como han dicho perfectamente los autores alemanes, sirve para facilitar los medios necesarios de desarrollo, y no hay para la mujer objeto más interesante que adquirir esa costumbre de manifestaciones exteriores delicadas con las cuales cumple su mision, la representacion de la belleza bajo todos sus aspectos.

El desarrollo y buena salud del cuerpo no se descuidaban. A la espalda del edificio se extendia un hermoso jardin en el que las niñas jugaban en sus horas de recreacion. Un pequeño lago artificial les proporcionaba los goces de una navegacion sin peligros. Una coleccion de animales y plantas las iba poco á poco iniciando en los secretos de la historia natural; y una pequeña capilla, escondida entre fresnos, les hacía recordar, aún en sus distracciones, el principal objeto de la institucion, el sentimiento religioso.

Salí complacido de aquella visita. El Gobierno, en los Estados-Unidos, atiende á la instruccion pública de una manera preferente. Pero, más que estas medidas, lo

que ha contribuido al progreso del pueblo americano, es la absoluta libertad de enseñanza garantizada á toda clase de personas y corporaciones. No ha habido preocupaciones políticas, y no se ha privado por ellas á la nacion de útiles auxiliares.

En la noche de ese día concurrí á la casa de una señora amiga que me habia visto en la calle al ir á mi expedicion. Me preguntó cómo conocia yo á la hija de Amelia X.....

—¿Quién es Amelia X.....? contesté.

—Una señora del Perú que murió aquí hace unos meses.

—No sabia yo que la niña que me acompañaba fuera hija suya.

—Sí, replicó. La madre, segun dicen, murió envenenada.

## CAPITULO XII.

### UN PEDAZO DE CHINA.

Se nos decia, cuando éramos niños, que China se hallaba bajo nuestros piés. Llegaba uno á imaginarse que para ir á ese país era preciso hacer un agujero y atravesar con él la tierra. No se encontraba un chino en esta faena, sino más bien alguna sabandija.

Hoy no se necesita dedicarse á ese trabajo, ni cruzar los mares y arrostrar las iras de Eolo. Estando en San Francisco, se puede ir y volver en una noche al *reino florido*. No hay sino rodearse de algunos amigos de